

Alvaro Obregón

Discurso pronunciado por el Presidente de los Estados Unidos mexicanos ante la Misión Industrial Americana, el 19 de Septiembre de 1924.

Aspera y ruda ha sido la ascensión del pueblo mexicano; pero el más brillante éxito ha venido a coronar sus sacrificios. Hoy día por sus progresos sociales, por su enorme labor educacional y por su heróico espíritu hispano-americano figura con razón entre las naciones que van a la cabeza de la América Latina.

Un testimonio más de lo que decimos es el bien inspirado discurso que transcribimos a continuación del Presidente Obregón, pronunciado el 19 de Septiembre del presente año en un banquete ofrecido a una misión industrial americana.

Se vé en este discurso con que amor animan la suerte de los obreros los gobernantes y dirigentes de México y como tratan de hacer que penetre en sus almas con hechos y con obras que la solidaridad social es una realidad viva.

Señoras y Señores:



O quisiera librarlos de la hostilidad de mi elocuencia; pero no me sentiría satisfecho si no dijera, en unas cuantas palabras, las causas que nos han reunido en este sitio.

Dos deseos he realizado este día al congregar a nuestros distinguidos huéspedes y a los demás invitados alrededor de estas modestas mesas de pino, donde toman sus alimentos nuestros obreros:

El primero, el deseo muy legítimo de patentizar a los excursionistas que hoy son nuestros huéspedes de honor, la simpatía con que México recibe a todos los hombres que han contribuído con su esfuerzo y su inteligencia al engrandecimiento de su Patria y que nosotros sabemos apreciar los esfuerzos de esos hombres y aspiramos a que vengan a nuestro territorio a compartirlos con nosotros y a cooperar en el engrandecimiento y prosperidad de nuestro propio país.

El segundo deseo satisfecho, consiste en haber traído hasta este recinto, cuyos muros encierran el secreto de nuestras nobles aspiraciones, a los más genuinos representantes de la industria nacional y extranjera. Los concurrentes a esta convivialidad, podrán recoger aquí una impresión con sus propios ojos de lo que nosotros deseamos conquistar en el campo del trabajo para todas las

clases laborantes. Este conjunto misterioso de confraternidad y de progreso que se llama «Establecimientos Fabriles», es una demostración del programa social que el Gobierno emanado de la Revolución se ha trazado y es seguro que ninguno de nuestros huéspedes encontrará censurable ni una sola de las partes que integran su organización.

Nosotros hemos creído interpretar los anhelos populares que conmovieron la conciencia colectiva hasta producir la Revolución, que se prolongó por más de una década: que los trabajadores deben incorporarse a todas las demás clases sociales, con los mismos derechos y las mismas prerrogativas dentro de su esfera de acción y que la sociedad toda, debe constituirse en una sola entidad, bajo una sola aspiración y desarrollar un armonioso esfuerzo en que cooperen el Capital, la Inteligencia y el Trabajo, para buscar el secreto del bienestar colectivo.

De este recinto han salido consejas y se han alentado muchos prejuicios que, convertidos en vehículos de la calumnia y de la insidia, han tratado de mutilar el programa de la Revolución y presentarlo como un programa anárquico, incapaz de la reconstrucción nacional y de satisfacer las aspiraciones de un pueblo civilizado; y los capitalistas cuya conciencia no había sido contaminada por estos nobles ideales, creyeron que sus fortunas peligraban si se concedía a los trabajadores el derecho de comer en una mesa de tablas, si se les concedía el derecho de tener una escuela para librarse del analfabetismo y si se les concedía a las obreras tener un recinto limpio e higiénico donde amamantar a sus pequeños hijos.

Nosotros creemos que la verdad, al fin está estableciendo su autoridad en la conciencia colectiva; que ya son en número menor los que suponen que los derechos que se conceden a nuestros trabajadores ponen en peligro sus intereses; que la elocuencia incomparable de las matemáticas está demostrando que produce más un trabajador bien alimentado y encariñado con su taller y con su patrón, que un trabajador, mejor dicho, una especie de acémila que se ata por la fuerza de la necesidad al trabajo de su patrón, que no sabe tenderle la mano para levantar su nivel moral y cultural.

Nosotros necesitamos mucho capital; nosotros queremos que venga el capital del extranjero que tenga corazón y que tenga conciencia; no queremos ese capital de los grandes trusts y de las grandes empresas cuyos representantes no tienen ningún contacto con sus trabajadores e ignoran sus necesidades y no aprenden a quererlos; nosotros hacemos un llamamiento al capital que venga a regirse por la mora! moderna, que no aprecie solamente las ventajas materiales de sus éxitos, por los dividendos anuales que perciba y que se regocije cuando contribuya con su esfuerzso al desarrollo de nuestro país y al bienestar colectivo de nuestras masas trabajadoras.

¡Volved a vuestra patria, ilustres huéspedes nuestros! Decid al gran pueblo de Norteamérica que si extiende su mano, encontrará la nuestra que la busca! Qué México no es el país en descomposición que le han presentado los primeros exploradores de nuestras riquezas que han querido alarmar a sus pro-

pios connacionales para tomarse el tiempo necesario y acapararlas en su propio provecho; que nosotros no queremos que las riquezas de México vayan a manos de un trust que extorsione con ellas a los hijos de su propia patria, ni que signifique un lastre material en la nación para secundizarlas, si manos profanas pretendieran matarlas en su cuna; que el Continente Americano se nos antoja un gran navío sostenido a babor y estribor por los dos Océanos; que una familia de pueblos embarcó el destino en ese navío; que su proa debe orientarse siempre hacia el bienestar colectivo y que no habrá ninguna razón que explique discordias entre los pueblos que vamos hacia la misma finalidad y embarcados en la misma nave.

ALVARO OBREGÓN.